





## Uno

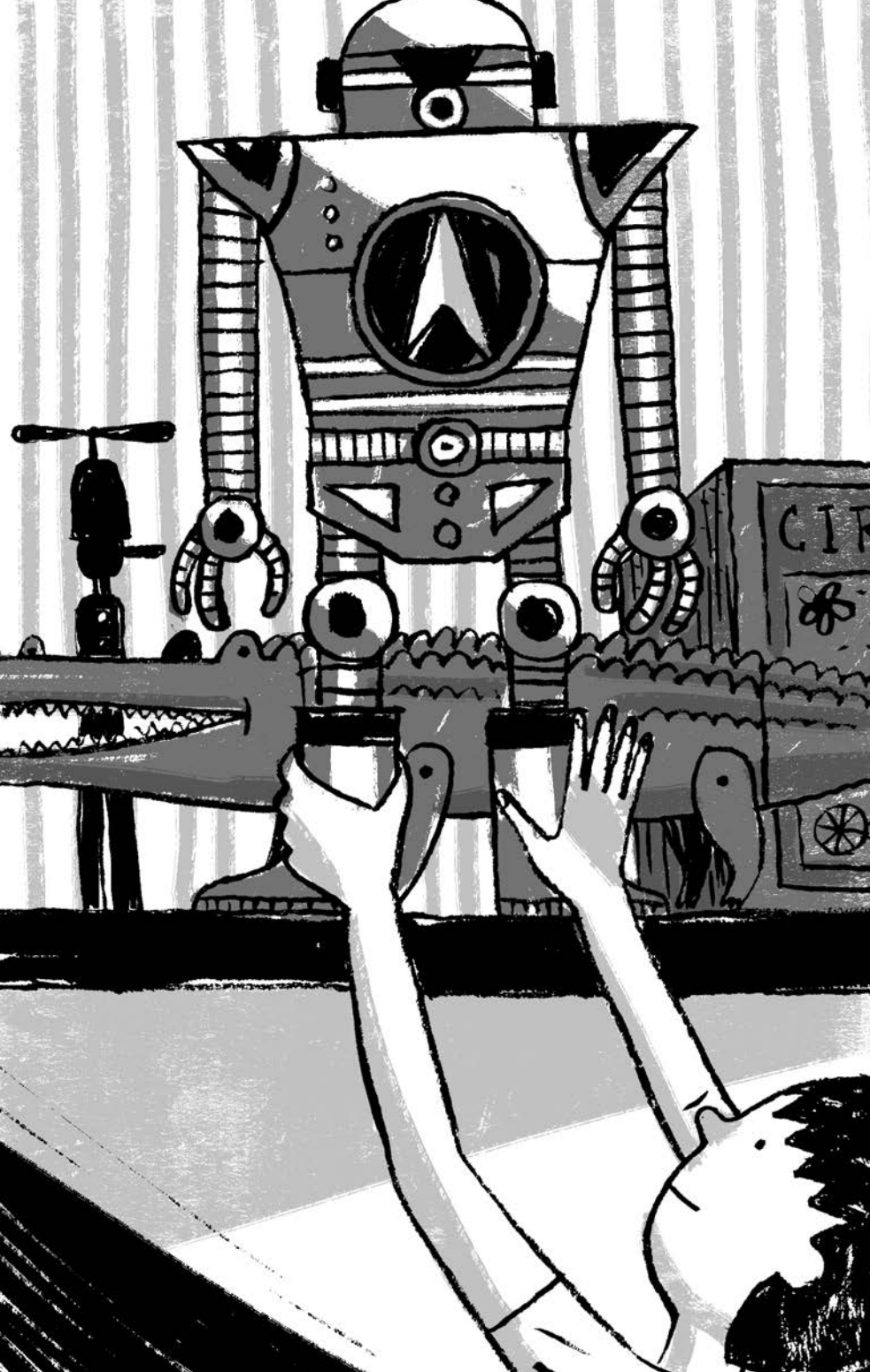
Croqueta era un cocodrilo de goma del tamaño de un violín. Tenía ojos almendrados, brazos de bebé y una boca grande y sonriente, llena de dientes picudos, que hacía que fuera muy fácil encariñarse con él. De pequeños, Gustavo y Marisa habían jugado muchísimo con aquel cocodrilo. Siempre lo llevaban al parque, de viaje, a la playa... dormían y se bañaban con él, y se habían peleado innume-

rables veces por no soltarlo ni para sentarse en el orinal. Pero, con los años, Gustavo había ido creciendo. Sus gustos habían cambiado y, como es natural, el viejo cocodrilo había quedado cada vez más arrinconado. Los roces y magulladuras que había en su piel acumularon suciedad. Y ya hacía tiempo que casi nunca se acordaba de mirarlo, y mucho menos de bajarlo de la estantería, cuando un domingo, al entrar en su habitación, su prima se encontró con que lo habían tirado a la basura.

—Mamá dijo que era muy viejo y que había que hacer sitio —explicó Gustavo.

—¿Qué?! —Marisa no podía creérselo—. Pero tú... —balbuceó— ¿dejaste que lo tirara?

—Lo hizo sin que yo lo supiera —mintió Gustavo y tratando de justificar la desaparición del juguete añadió:—, pero es verdad que



estaba muy viejo y, además... ¡Mira lo que me han regalado!

Era un robot desmontable, todo lleno de circuitos y bombillitas.

—¡Gustavo!

—¿Qué pasa?

—Yo no hubiera dejado que mis padres me quitaran a Croco. ¡Pero si hasta llevaba tu nombre marcado en la barriga!

—Ja, ja, es verdad —recordó Gustavo—. ¿Te acuerdas cómo se puso papá cuando me pilló con la navaja? Y eso que no me corté, ni nada.

—¿Con qué otro juguete has hecho eso, me lo quieres decir? —insistió Marisa.

Gustavo bajó la mirada.

¿No le había preguntado su madre, antes de tirarlo, si no prefería dárselo a su prima? Pero él no había hecho caso, y ahora Marisa no iba a dejar de fastidiarle:

–Croqueta era especial. Era tu Croco.  
¿No piensas hacer nada?

–¿Qué quieres que haga? –contestó Gustavo a la defensiva.

En seguida se arrepintió de haber preguntado.

–Habla con el Hombre de las Basuras  
–dijo su prima.

Gustavo miró a Marisa como si acabara de convertirse en un pulpo de color azul a punto de atacarlo.

–¡Haz que él lo busque! –insistió ella–.  
Consigue que te lo devuelva.

–¿El chatarrero? ¿Tú estás loca? ¿Es que no sabes lo que dijeron de él cuando desapareció aquel niño? –un escalofrío le recorría la espalda–. Y lo que aún dicen sobre las cosas que guarda bajo el puente. ¿Ya no te acuerdas? ¡Ese tío es peligroso!





–Mis padres dicen que todo eso es mentira. Lo conocen desde hace años y nunca ha matado a una mosca. Al contrario, fue él quien ayudó a localizar a aquel niño que se había caído a una alcantarilla. Además, puede hacer magia y, si realmente lo deseas, te devuelve las cosas que has perdido sin pedir nada a cambio.

–¡No me digas que todavía crees en esas bobadas! Ja, ja, menuda tontería... –rio, nervioso, Gustavo.

Pero Marisa contestó que, si aquello eran tonterías, a ella le daba igual:

–Nadie dirá que soy tonta por eso, en cambio tú... eres un gusano.

–Sabes que no soporto que me llamen así.

–Gusano, gusano, gusano, gu...

–¡No digas eso!

–Pues demuéstrame que no eres un miedica asqueroso y habla con el chatarrero.

–¿Cuándo? –rio nervioso Gustavo.

–El próximo sábado al mediodía. Siempre pasa por delante de mi casa más o menos a la misma hora. El fin de semana, cuando los tíos y tú vengáis a casa a comer, podrás interceptarlo sin problemas. Siempre hay gente en la avenida, no correrás ningún peligro –insistió Marisa.

Y suplicando con aire inocente, añadió:

–Por favor, Gustavo, intenta recuperar a Croco. No pierdes nada por intentarlo.

El niño dudaba.

Su prima aprovechó para rematar:

–Si lo haces, prometo no volver a llamarte «gusano» nunca más.

Gustavo se encogió de hombros y asintió. Tenía la esperanza de que, una semana más

tarde, su prima se habría olvidado de aquel asunto.